



# MUÉVETE

SELECCIÓN DE RELATOS  
SOBRE EL AUTOBÚS



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE FOMENTO Y VIVIENDA



# MUÉVETE

SELECCIÓN DE RELATOS  
SOBRE EL AUTOBÚS



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE FOMENTO Y VIVIENDA

Selección de relatos ganadores de los certámenes literarios convocados por el Consorcio de Transporte Metropolitano del Área de Sevilla *Viajar en autobús metropolitano en 500 palabras*, realizados desde 2006 a 2011.

© De los autores

© Junta de Andalucía. Consejería de Fomento y Vivienda

© Consorcio de Transporte Metropolitano del Área de Sevilla

**Coordinación:** Secretaría General Técnica. Servicio de Publicaciones

**Diseño gráfico:** Servicio de Publicaciones

**Nº de Registro:** JAFV/SGT-27-2012

# MUÉVETE

SELECCIÓN DE RELATOS  
SOBRE EL AUTOBÚS



Edición no venal con motivo de la  
**Semana Europea de la Movilidad 2012**





UN VIAJE  
**DE TODOS**



Es una idea pertinente la de reunir estos relatos, diversos en sus formas y enfoques pero que comparten un elemento común: el autobús. El autobús como telón de fondo de historias mundanas, como lugar para el encuentro, como atalaya desde la que observar la ciudad, como parte del paisaje metropolitano... Y resulta reconfortante comprobar cómo en los relatos el autobús aparece con frecuencia como evocación optimista de lo colectivo.

“A fuerza de verse cada día compartiendo el mismo medio de transporte se crea un vínculo entre las personas, aunque no las conozcas lo más mínimo ni sepas sus nombres”. La frase, escrita por el autor de uno de los relatos premiados y recopilados en esta selección, es especialmente pertinente. El motivo es que, aunque en el texto tiene un carácter meramente lírico, la frase posee otra segunda lectura posible, una lectura social. Porque ese “vínculo entre las personas” que comparten un medio de transporte podría ser también lo que es de todos, lo que todos tenemos en común: lo público. Y la defensa de lo público es, precisamente, el compromiso primordial que recorre ahora toda la agenda política de la Consejería de Fomento y Vivienda.

Este compromiso se traduce de manera muy concreta en la Red de Consorcios de Transporte Metropolitano de Andalucía, herramienta clave para una vertebración del territorio inspirada en criterios social, económica y medioambientalmente sostenibles. La Consejería mantendrá una firme apuesta por el desarrollo de esta red, coherente con una política general de movilidad que sitúa como prioridad fundamental el transporte público colectivo frente al individual, que defiende una integración inteligente entre los diferentes terminales públicos (autobús, metro, tranvía, tren...), y de éstos con las personas que usan la bicicleta o se desplazan a pie.

Son muchas, incontables, las ventajas del transporte público colectivo: entornos más limpios y cómodos, menos saturados y contaminados, precios asequibles, ahorro de tiempo, posibilidad de compartir el trayecto... Y no puedo ahora olvidar otra ventaja nada desdeñable: manos libres para coger un libro o, en el caso de esta selección, un terminal informático que nos permita leer. Así que les dejo con estas historias.

Que disfruten el viaje.

*Elena Cortés Jiménez*  
*Consejera de Fomento y Vivienda de la Junta de Andalucía*





500 PALABRAS  
**DE AGRADECIMIENTO**



La Semana Europea de la Movilidad nace en 1999 con la celebración, a iniciativa de la UE, del Día Europeo *La ciudad, sin mi coche*, a raíz del éxito obtenido en Francia un año antes por el primer día sin coches. España y nuestra Comunidad Autónoma vienen participando en este evento desde el año 2000, y desde 2002 se han ido sumando paulatinamente al mismo los Consorcios de Transportes de Andalucía.

La Semana Europea de la Movilidad tiene por objeto concienciar de las consecuencias negativas del uso irracional del coche en la ciudad, tanto para la salud pública como para el medio ambiente. Se trata de una oportunidad para que las autoridades públicas promuevan alternativas de movilidad urbana más respetuosas con el entorno: sistemas de reparto con vehículos ecológicos, nuevas líneas de transporte público, coches compartidos, carriles para bicicletas, zonas de peatones, limitación del tráfico... En definitiva, se trata de apostar por la calidad de vida.

Tradicionalmente el Consorcio de Transporte Metropolitano del Área de Sevilla colabora con la Junta de Andalucía en los actos conmemorativos de la Semana Europea de la Movilidad con visitas programadas de escolares a nuestras instalaciones. Con el paso del tiempo hemos

convertido nuestra participación en un programa permanente denominado *Aula Consorcio* y hemos consolidado el certamen literario *Viajar en autobús metropolitano en 500 palabras*. No quisiera olvidar la puesta en marcha el 22 de septiembre de 2006 del servicio Bus+Bici, el sistema de bicicletas públicas del Consorcio, asociado a nuestra tarjeta de transporte.

El 1 de octubre de 2012 se cumplirá el décimo aniversario del sistema tarifario integrado del área metropolitana de Sevilla. Por ello, causa especial satisfacción que la Consejería de Fomento y Vivienda dedique en este año tan señalado su libro conmemorativo de la Semana Europea de la Movilidad a una selección de relatos premiados en el certamen *Viajar en autobús metropolitano en 500 palabras*, ya convocado en su VII edición.

A lo largo de los años de vida del certamen, doscientos escritores noveles han dedicado su ilusión y su talento a ensalzar el transporte público metropolitano empleando tan sólo quinientas palabras. Trece de ellos nos han llegado al corazón narrándonos, y aquí me sirvo de los títulos de los relatos, que desde aquel “ni te cases ni te embarques”, “sin un adiós”, “vivo en la carretera”, “enumerando la vida”, hasta “el reencuentro” con “el angelito”, “en nuestra parada” junto aquel

“semáforo verde, vestido amarillo” y su “billetito blanco”, “raíces secas” del “olvido” para ganar “el concurso” con “la leyenda de Elvira y Bono”.

Al igual que los autores de los relatos, no me excederé de las 500 palabras en esta presentación. Créanme si les digo con el corazón a todas y a todos los usuarios del transporte público y la bici y a quienes se desplazan por sus propios pies que una palabra resume lo que siento hacia vosotras y vosotros: gracias.

*Armando-Fidel Gutiérrez Arispón*  
*Director gerente*  
*Consortio de Transporte Metropolitano del Área de Sevilla*



# ÍNDICE

<b>UN VIAJE DE TODOS</b> .....	<b>07</b>
--------------------------------	-----------

<b>500 PALABRAS DE AGRADECIMIENTO</b> .....	<b>13</b>
---	-----------

## RELATOS

### Año 2011

Primer premio. <b>EL CONCURSO</b> . Miguel Ángel Tocino Méndez. Sevilla .....	<b>21</b>
Segundo premio. <b>VIVO EN LA CARRETERA</b> . Marcelino Esteve Martínez. Sevilla .....	<b>27</b>

### Año 2010

Primer premio. <b>NUESTRA PARADA</b> . Antonio Miguel Ortega Galán. Sevilla .....	<b>33</b>
Segundo premio. <b>NI TE CASES NI TE EMBARQUES</b> . Xavier Mailán Méndez. Bilbao .....	<b>40</b>

### Año 2009

Primer premio. <b>LA LEYENDA DE ELVIRA Y BONO</b> . Portomaggiore (Italia) .....	<b>46</b>
Segundo premio. <b>SEMÁFORO VERDE, VESTIDO AMARILLO</b> . Josefa Bermudo Bejarano. La Luisiana (Sevilla) ...	<b>51</b>

### Año 2008

Primer premio. <b>EL BILLETITO BLANCO</b> . María Isabel Gaviño Cabrera. Sevilla .....	<b>57</b>
Segundo premio. <b>RAÍCES SECAS</b> . Rosa María García Barja. Sevilla .....	<b>64</b>
Tercer premio. <b>SIN UN ADIÓS</b> . Miguel Ruiz Rivero. Bollullos de la Mitación (Sevilla) .....	<b>71</b>

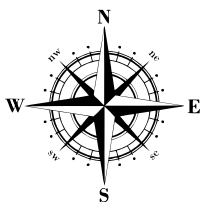
### Año 2007

Primer premio. <b>ENUMERANDO LA VIDA</b> . Miguel Ruiz Poo. Venezuela .....	<b>80</b>
Segundo premio. <b>REENCUENTRO</b> . María Dolores Gracia Barrero. Sevilla .....	<b>85</b>
Tercer premio. <b>OLVIDO</b> . Rosa María García Barja. Sevilla. ....	<b>91</b>

### Año 2006

Tercer premio. <b>EL ANGELITO</b> . Juan Manuel Montiel Rodríguez. Gines (Sevilla) .....	<b>97</b>
--	-----------





## EL CONCURSO

Miguel Ángel Tocino Méndez

Sevilla



Primer premio | Año 2011



El folio con la máquina de escribir en blanco y negro ocupaba el centro de una pared de ladrillos. Era mediodía, y los autobuses estacionados formaban una larga fila sin huecos. Al mío le faltaban dos o tres minutos para salir, pero como el chófer todavía no había vuelto me acerqué intrigado. Se trataba, como era de esperar, de un concurso de cuentos. Casi todas las bases eran las mismas de siempre: narraciones inéditas, uso de seudónimo, etc. Las únicas distintas se referían al asunto, que debía girar en torno al autobús metropolitano, y a la extensión, fijada en no más de quinientas palabras. Dejé de leer a la mitad, convencido de que participaría. Tanteé dentro del bolsillo procurando reunir el importe exacto; atinar me costó bastante: los engranajes del cuento ya estaban en marcha.

Me senté en cualquier parte que no recuerdo, junto a la ventana. Saqué el portátil. Mientras dejábamos atrás Plaza de Armas deseché un argumento manido. Mi parada era la última, así que disponía de tiempo de sobra para relatar algo que mereciera la pena. De pronto se me ocurrió otro argumento. Lo pulí, tracé mentalmente su estructura. Después, sin perder un segundo, empecé a teclear. Era “extasiante” hilvanar las secuencias de una realidad imaginada, ayudado por los auténticos estimulantes creativos de viajar en autobús: el traqueteo



leve, el saberse cómodamente aislado de un exterior del que sólo nos separa un cristal. En este sentido, la sucesión de paisajes diferentes, que suele captar la atención de los pasajeros, durante aquel trayecto ni siquiera me distrajo. Releí unas cuantas veces lo que llevaba escrito, casi una página. La imagen de los renglones superpuestos incitaba a concentrarse en ella. Siempre teniendo en cuenta que cada palabra más era una palabra menos, enlacé una serie de oraciones simples que conducían al personaje a un límite determinado.

Ya había creado un planteamiento y un nudo. Sólo me faltaba el desenlace. Sin embargo, en ese momento el chófer gritó última parada. Me bajé dudando entre un final cerrado y uno abierto. Entonces enderecé la vista: una cuesta que desconocía estiraba un silencio absoluto. A mi derecha, el autobús se alejaba bamboleante levantando una nube de polvo, exhibiendo en una esquina superior un número de tres cifras que no me sugería ningún pueblo. Miré en todas direcciones y me sentí perdido, estúpido, lunático. Pero tenía un cuento mejor y la ilusión repentina de que el viaje de vuelta no había terminado.









## VIVO EN LA CARRETERA

Marcelino Esteve Martínez

Sevilla



Segundo premio | Año 2011



Mientras te espero sueño con abrazarla, permíteme tutearte a pesar de que te conozco desde hace poco. Apareces sobre el puente, elegante y majestuoso deteniéndote frente a mí, permitiéndome tu acceso.

“Vivo en la carretera” —canturrea quién te conduce. Muy apropiado, pienso. ¿Cuántos kilómetros sobre tus ruedas?, ¿cuántas vidas cruzadas en tus entrañas? La de Irene, joven emigrante. Pedro, deportista soñador. O Carmen, la madre paciente con su bebé que lleva al médico. Y yo voy integrándome paulatinamente entre ellos.

Me abstraigo de mis pensamientos al percatarme de que mi parada se aproxima, te lo hago saber y tu melódico timbre me indica que me otorgas tu permiso para apearme.

Vuelvo a escuchar aquella melodía de Miguel Ríos, “vivo en la carretera”, y mientras me apeo observo a Tina, que cada día baja para cuidar a una anciana, a Jorge, un deportista que anhela jugar en el primer equipo de la ciudad, y a tantos otros que entrelazan sus vidas dentro de ti.

Mientras te alejas por la rotonda, me dirijo hacia mi destino: una vez dentro pregunto por ella y dirigiéndome donde me indican me sitúo a su altura.



—Mamá, soy yo.

Sonríe y me abraza, posiblemente no me reconoce pero sabe que mi cariño es sincero y que soy alguien cercano a ella.

Paseamos cogidos del brazo por un hermoso jardín, desde él observo a uno de tus hermanos que viene de vuelta, y que igual que tú, vive en la carretera transportando almas, sueños y deseos, participando de penas y alegrías. Pasa el tiempo tan fugaz como el encendido de una cerilla, me indican que la visita concluyó y debo dejarla a cargo de un auxiliar. Mientras salgo de la residencia me aseguro de que no se ha percatado de mi ausencia, siempre que parto se entristece y trato de evitarle tan mal trago.

Ahora vuelvo a esperarte, frente a aquel edificio donde comparten los últimos tramos de sus vidas muchas personas que nos mostraron nuestro camino con amor y sacrificio. Apoyo mi nuca sobre la marquesina, pienso en su rostro amable, gentil, en sus sonrisas y cuidados cuando de niño estaba enfermo, su apoyo en momentos cruciales, su ánimo en mis buenos pasos y sus disgustos en los malos, pero siempre junto a mí. Ya no me recuerda, no sabe quién soy, pero sí que le llevo amor y ternura y lo sabe agradecer.



De nuevo te veo llegar, paras ante mí y al abrir tu puerta vuelvo a oír esa melodía.

—“Vivo en la carretera”. ¿De vuelta ya? —me pregunta el conductor.

—Sí, hasta mañana —respondo. Paso al fondo donde apenas hay pasajeros.

—“Vivo en la carretera” —canturreo. Definitivamente, he pasado a formar parte de ti.





## **NUESTRA PARADA**

**Antonio Miguel Ortega Galán**

**Sevilla**



**Primer premio | Año 2010**



Es un misterio cómo consigue saber con exactitud cuál es su parada. Yo mismo no sería capaz de ponerme en marcha si no tiraran de mí llegado el momento, y más a esas horas de la mañana en las que todo el autobús lleva la mirada perdida o, en algún caso, los ojos cerrados.

Cierta vez oí que el cerebro animal aprende por repetición. Considerando que el hombre es también un animal, entiendo que una persona sea capaz de aprenderse de memoria el número de curvas, baches, badenes y rotondas, y orientarse de esa paciente manera. Si nos ponemos, estoy seguro de que averiguaría hasta las posibilidades de semáforo en rojo. Se podría reconocer incluso al conductor por su brusquedad o delicadeza al pisar el freno, por la emisora de radio que escucha y, por supuesto, por su voz al dar los buenos días, pero eso es más evidente y no tiene mérito. Podría ser así, pero a mí me parece imposible. A mí siempre tienen que avisarme para que baje en mi parada. En nuestra parada.

Ella lo es todo para mí. Su saber estar y su capacidad de rehacerse ante la adversidad son sólo dos de los motivos por los que la admiro. Aunque debo reconocer que son los que más me intrigan. Precisamente es eso, ¿cómo consigue siempre estar preparada para bajar del autobús, como si



en todo momento supiera dónde se encuentra a pesar de que es incapaz de verlo? Entonces tantea hasta llegar a la puerta y se despide amablemente del autobusero. Baja sin tropezar jamás. Me acaricia el lomo y me coloca el arnés. Ahí comienza mi trabajo.

Es un trabajo bastante sencillo porque la mayoría de las veces siento que en realidad es ella la que me guía a mí, y no al revés. En la calle sé disimularlo y camino con orgullo ante las miradas aprobatorias de los transeúntes. Pero a bordo del autobús, cuando llegamos a nuestra parada y ella me saca de la somnolencia matutina, siempre me pregunto cómo es capaz de saber que ha llegado la hora de apearese sin que nadie la haya avisado, ni siquiera yo, que soy sus ojos, en quien tanto confía.









# NI TE CASES NI TE EMBARQUES

Xavier Mailán Méndez

Bilbao (Vizcaya)



Segundo premio | Año 2010



Aunque muy llamativas, el porcentaje de personas supersticiosas es bajo, comparado por ejemplo con los zurdos, los que juegan a las loterías o los que llevan el pijama en invierno debajo de la ropa.

Sin embargo, a todos alguna vez nos es concedida la excusa perfecta para lanzarnos al abrazo de semejantes creencias. Mi bautismo llegó un lluvioso martes, trece de noviembre. La fecha había sido enmarcada con un rotulador en un periódico gratuito (al que a partir de ahora denominaré trinchera) que encontré en mi asiento.

Recibí la noticia con una mueca de estúpida arrogancia que mutó, en cuestión de segundos, en un gesto similar pero de mayor desgarró y expresividad al de *El Grito* de Munch.

Mis dos amantes estaban subiendo al autobús, una detrás de la otra, todavía en la estación. Por supuesto, no se conocían. Mientras el conductor les cobraba e iniciaba la marcha, me parapeté tras la trinchera con un movimiento tan brusco que lancé al pasillo el bolso de la señora sentada a mi lado, a la que pedí perdón con un susurro inaudible. Intenté, en un ataque de hipersensibilidad auditiva, situarlas en el espacio.



Ana, 23, estudiante, rubia, carné de conducir, vehículo propio, llamémosla Kill; en el asiento detrás del conductor, agua. Berta, 41, parada, morena, carné de conducir, vehículo propio, llamémosla Bill; justo delante de mí, tocado. La trinchera bien desplegada, la mirada perdida y un sudor glacial.

Pensé en cuántas veces había defendido y alabado el uso del transporte público, Kill y Bill incluidas, y se me escapó un ¡bocazas! que motivó que la señora de al lado hiciera más presión con su codo intentando recuperar el espacio que mi trinchera le iba robando poco a poco.

Salvación: si al menos una de las dos bajaba en la parada del centro comercial, hecho bastante probable, todo quedaría en un susto macabro.

Desgraciadamente, a solo dos paradas de la mía, quedábamos cuatro viajeros. Un cadáver petrificado en una trinchera, Kill, Bill y la señora de al lado a la que vi marcar el 112 en el móvil después de observar la manera en que me contorsioné en el asiento llegando al centro comercial en espera del milagro.

Ellas bajaron en mi parada, yo en la de la señora de al lado, que me arreó un paraguazo mientras me gritaba ¡pervertido! al creer que la estaba



siguiendo. Ahora soy supersticioso, y he dejado de creer en los milagros.

Kill y Bill se conocieron en la puerta de mi casa y se hicieron amigas quedando en cafeterías para planear la venganza, magnífica en planteamiento y ejecución si soy tristemente objetivo. No tengo amantes e intento corregir mis problemas con la fidelidad.

El psicólogo me ha sugerido que encuentre en mi vida ejemplos en los que me comporte como una persona fiel.

Sólo he encontrado uno: a pesar de la encerrona de aquel día, ¡era martes y trece, qué demonios!, sigo usando, disfrutando y recomendando el autobús como medio de transporte.







# LA LEYENDA DE ELVIRA Y BONO

Daniele Paci

Portomaggiore (Italia)



Primer premio | Año 2009



Sabían desde el principio que su historia no podía ir muy lejos. Pero el amor tiene muchos recursos y muchas más formas de las que podemos alcanzar a pensar.

Sentí que él era diferente. Físicamente era lo que se dice uno del montón, pero, con los años, Elvira había aprendido a ver más allá de lo exterior. Era mucho mayor que él: un chisme muy gordo para las mujeres de la segunda fila. Para él también fue un flechazo. Lo que sentían uno hacia el otro era un amor tan grande que prevaleció sobre el miedo a un fin irremediamente cruel. Ya era cosa de nueve viajes entre Sevilla y Alcalá.

A pesar de todo, se amaron con locura. Se vieron cuatro veces seguidas aquellos días y estaban borrachos de pasión y cariño.

Ella le puso nombre: “Bono”. Él, que pasaba gran parte de su vida en una cartera, no sabía quiénes eran los U2, pero todo le encantaba y le parecía estupendo.

El amor es un niño. Es ingenuo e imprevisible. Un niño de dieciséis años que coge el bus sin ninguna regularidad los fines de semana. A veces subía en la Casa de la Cultura, otras en el Instituto o en Los Arcos. Con él subía Bono. Esto hacía que



los encuentros fueran más inesperados: de estas cosas se alimenta el amor.

Cuando le encontraba encima a Bono señales dejadas por otras, Elvira se ponía triste: no era celosa, pero aquellas señales significaban que les quedaba menos tiempo. Entonces se dio cuenta de que cada caricia podía ser la última y le dijo que le gustaría escribirle una poesía, dejarle impreso algo único y para siempre. Bono se extrañó y ella sonrió con ingenuidad, abrazándolo, lo besó y le dejó escrito en su deliciosa espalda: “¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?”. Después de unos días de anhelo volvieron a encontrarse y ella completó: “Poesía eres tú”.

Fue el calor de un momento de eternidad: hasta el sonido típico de la validación aquella vez no fue mecánico y triste.

El último encuentro fue el mayo pasado. Llovía una lluvia temblada. Elvira sentía acercarse la fecha y llevaba días sin funcionar correctamente. Bono llegó llorando. No podían soportar la idea de alejarse definitivamente. Entonces cuando el niño introdujo a Bono, ella lo retuvo dentro de sí. Él apretó más fuerte y nunca más salió. Se engancharon en un abrazo perfecto, infinito. El amor celebró su triunfo.



Desde entonces, tras un vano trabajo de técnicos, viven juntos, guardados en un depósito de autobuses del Consorcio de Transporte. El futuro ya no les preocupa: quien se ama tiene toda la vida por delante.

El niño, subiendo al autobús M-121, nota aquella superficie metálica vacía: el hueco dejado por la antigua maquina de validar. Elvira la llamaban, amistosamente, los chóferes. Estrena su nueva tarjeta recargable de plástico verde. Se sienta leyendo un libro de *Rimas* de Bécquer. “Ay, el niño se ha enamorado...” —murmuraron las mujeres en la segunda fila.





## **SEMÁFORO VERDE, VESTIDO AMARILLO**

**Josefa Bermudo Bejarano**

**La Luisiana (Sevilla)**



**Segundo premio | Año 2009**



Ante las denuncias recibidas de los usuarios/as de la línea Tomares-Sevilla, M.J.P., C.N.G. y R.G.L., nos vemos en la obligación de redactar el siguiente informe:

Siendo las 22 horas del día 18 de julio de 2009, el conductor G.C.M. se encontraba realizando el servicio anteriormente citado.

La noche era cálida y soplaban vientos de levante. Como era su último servicio antes de las vacaciones, Genaro estaba tranquilo. La brisa parecía impregnada de sal y sonrió al recordar el nombre de la urbanización donde se situaba la próxima parada: Aljamar, rotonda del Agua.

Según el testimonio de los/as denunciados, el conductor permitió subir sin pagar a una mujer en la Glorieta del Agua de Tomares. Dicha señora presentaba un aspecto desaliñado.

Surgió bajo las moreras, sus pies descalzos manchados de la tinta azul de las moras. Abrió sin pensar y la dejó subir a pesar de que no tenía tarjeta, cartera, bolso o monedero que hicieran prever que abonaría el importe del billete. Sólo llevaba un vestido amarillo que se ajustaba a su cuerpo de hermosas curvas, la larga melena negra cayendo como una cascada sobre los



hombros y el pronunciado escote...

Cada mañana, tomaba el autobús en la misma parada, a las siete y media. Al bajar en Plaza de Armas montaba en una bicicleta del servicio metropolitano, colocaba el bolso en la cesta y enfilaba el carril bici paralelo al río. A Genaro le llamaba la atención el enorme bolso y sonreía al verla cambiar los tacones por unos zapatos deportivos. Puntual, antes de las tres, entregaba la bicicleta y bajaba en la misma glorieta.

Al pasar junto a la parada del Instituto Néstor Almendros no detuvo el autobús, aunque había personas bajo la marquesina. Este hecho se repitió en las paradas siguientes. Los usuarios/as conminaron al conductor a desistir de su actitud, pero en ningún momento fueron escuchados.

La mujer del vestido amarillo se sentó, con los pies descalzos, en uno de los asientos delanteros. Nadie le dirigía la palabra, nadie la miraba. Del autobús se adueñó un silencio sólido. Pensó en los años de trabajo, en su expediente immaculado. Pensó en los atascos en el Puente del Cachorro, en las interminables obras de la autovía.

El semáforo estaba en verde y creyó que era una señal. El silencio estalló en gritos. Los coches se



apartaban a su paso. Miró de soslayo las aguas negras del río y se encomendó al Señor de Triana.

Al llegar a la autovía, la policía de tráfico le dio el alto, orden que no fue atendida hasta alcanzar la puerta de la comisaría en la Avenida de Blas Infante, constatándose que el conductor no estaba bajo los efectos del alcohol.

Cuando ella se apeó, un hilo rojo de sangre se abría paso bajo el vestido amarillo y descendía por su pierna hasta alcanzar su pie desnudo.

Las causas de tal conducta son desconocidas, puesto que el conductor únicamente declara:

—El autobús es un servicio público.







# EL BILLETITO BLANCO

**María Isabel Gaviño Cabrera**

Sevilla



**Primer premio | Año 2008**



Esta mañana me he levantado muy rara, no he debido de dormir bien y habré estado soñando sabe Dios con qué, porque ahora no me acuerdo de nada. Seguro que cuando menos me lo espere, algo me hará refrescar las neuronas y me acordaré de lo que he soñado, no es la primera vez que me pasa. Ahora tengo que darme prisa porque me esperan en la parada del 4 para ir al centro; la verdad es que ayer me acosté muy tarde viendo en la tele cómo llegábamos a la Luna y fue algo increíble.

En la parada del autobús ya estaba mi tía, desesperada porque llevaba veinte minutos y todavía no había pasado el 4, ¡y eso que era verano! Comentamos las imágenes de la Luna y justo cuando vi venir el autobús, entonces fue cuando mi cabeza se empezó a llenar de imágenes sueltas, un poco sin sentido. Me quedé en silencio, intentando poner un poquillo de orden en ese cacao mental y, después de unos segundos, conseguí que fueran encajando.

Era Sevilla, de eso no cabía duda, y yo iba en el 4, desde mi casa, en Pío XII, al centro, a la Encarnación, pero el autobús era muy diferente. A una persona que fue a entrar por la puerta de atrás la miraron todos con una cara rara y le hicieron señales para que subiera por la puerta delantera.



En el autobús no había cobrador y la gente no llevaba el billetito blanco que yo, como era mi costumbre, tenía reliado en el anillo para no perderlo en todo el trayecto, y que tanto me gustaba acariciar entre mis dedos porque era algo que había aprendido de pequeñita de vérselo a mi padre; la gente, en cambio, lo que llevaba era una especie de tarjeta que arrimaban a una maquinita extraña situada junto al conductor y así pasaban. Además los asientos tenían una disposición diferente, algunos miraban hacia delante, otros hacia el lado y no eran de madera marrón, sino de plástico y de color. En el techo había una especie de televisor en color en el que se indicaba el nombre de la parada y también ponían algunas noticias. Por cierto, una era sobre las Olimpiadas del 2008, que tenían lugar ¡en Pekín! La verdad es que estoy un poquito colgada. ¡Ah! Y lo mejor era que cuando uno se quería bajar, le daba a un botoncito y aparecía delante, cerca del conductor, un letrero que ponía “Parada solicitada” y el conductor allí paraba. Yo no podía explicarme cómo de un día para otro habían podido cambiarlo todo. Pero se iba en la gloria y fresquita y todo. No había ni atascos porque el autobús iba por un carril para él solo. Desde la ventanilla veía los coches parados y nosotros tan campantes. Por las aceras había una especie de camino pintado de verde por el que gente de todo tipo iba en bicicleta. A mí se me



salían los ojos de la cara y no daba crédito.

Mi tía me tuvo que dar en el brazo para avisarme de que llegaba el 4 y que me aligerara, que luego nos quedábamos sin asientos. Pagamos nuestros billetitos, me relié el mío en el anillo hacia la palma de la mano y con el pulgar lo acaricié nostálgica.







## **RAÍCES SECAS**

**Rosa María García Barja**

Sevilla



**Segundo premio | Año 2008**



Desde la ventana el paisaje desolador de lo conocido, la luz hiriente del medio día del sur y la desgana para hacerse preguntas.

La estación un crisol, un tamiz por donde se cue-  
lan las razas, los acentos, los comienzos y los  
adioses.

“Sevilla, 18 de junio”

Es todo lo que necesita leer para encontrarse.  
Arruga el billete y lo asila en el bolsillo. El destino  
es esa incógnita que se quedó en el trozo arran-  
cado por el revisor, un trofeo que estorba en las  
estanterías de mañana. Da igual.

Raíces secas desde sus pies alertan de una  
muerte inminente. Por eso esconde los zapatos  
bajo el asiento, esconde la sonrisa, esconde el  
grito en el minuterero del reloj.

Huye.

Ajusta el respaldo, tamiza el sol con la cortina de  
rayas (una improvisada cárcel), dirige el chorro  
del aire acondicionado que como un estilete va  
abriendo el sudor de la frente hasta helar sus  
pensamientos.



Cierra los ojos y comienza una cuenta atrás para arrancarse de un terreno baldío.

Ser un eral no puede ser peor que esto —se dijo.

Coloca el equipaje con sumo cuidado. Una caja de cartón envuelta en papel gris, donde el lacre rojo es como una herida que atraviesa el certificado de mercancía no peligrosa.

Todos los asientos son de “no fumadores”, pero en ninguno se prohíbe a los desheredados de la felicidad.

La soledad no contamina.

Todo está en orden, ella entra dentro del cómputo de usuarios anónimos.

Se entretiene revolviendo el bolso ignorando al resto de pasajeros con sus historias escritas en los dedos, esas que van dejando en el vaho de los cristales preguntas sin respuestas.

Una factura olvidada en el compartimento plastificado del monedero es lo único que la condena a esta latitud, una moneda de la suerte, una reliquia de “San Seacabó”, una tarjeta de visita de ese enemigo reciente, y una cita caducada para



la echadora de cartas.

Todo inútil.

El espejo del bolso es el chivato de sus ojeras, condecoraciones de noches enteras sin dormir. Se retoca la pintura y el escote (ese precipicio donde ha caído el compañero de asiento). Ojea un periódico atrasado buscando las ofertas de trabajo, haciéndose la interesante, marcando sólo los anuncios que solicitan licenciaturas.

Ella es licenciada en cacerolas. Tiene un master de infortunios varios, sin cartas de recomendación.

El autobús atraviesa calles sin estrenar. Los viajeros que llegan traen raíces, pero no como las tuyas.

Ellos portan su destino en un sitio visible, que los bolsillos son para otros menesteres. Allí guardan las ilusiones de futuro, la magia del encuentro, la prisa de destino...

Qué rica es, la pobre, desde el instante en que sacó un billete solo de ida a ninguna parte.

Fin de trayecto.



El viajero del asiento de al lado, exiliado sin remedio del acantilado de su canalillo, le pregunta:

—¿Señora es éste todo su equipaje? —refiriéndose a la caja de cartón lacrada.

—Sí,—contesta—, pero no lo quiero. Veinte años de amor, pesan demasiado.









## **SIN UN ADIÓS**

**Miguel Ruiz Rivero**

**Bollullos de la Mitación (Sevilla)**



**Tercer premio | Año 2008**



Faltaba poco para la salida cuando Marisa ya estaba en la parada. La línea 252 no se hizo esperar.

—Buenos días, señora.

—Buenos días —contestó Marisa mientras sacaba dos billetes con su tarjeta sin contacto.

—¡Señora!, ¿ha sacado dos?

—Sí, mi hijo subirá unas paradas más adelante.

—De acuerdo, —respondió el chofer mientras asentía con la cabeza.

Afligida y algo amodorrada, Marisa buscó los asientos más cercanos a la puerta trasera. Parecía balbucear palabras, mientras tapaba con un informe médico el asiento junto al suyo. Ahí era donde a Dani le gustaba sentarse.

El autobús directo tardaba poco en llenarse a esa hora de la mañana. La cara de Marisa pareció iluminarse, sonriendo al ver a Dani llegar a su lado.

—Hola, mamá... ¿Cómo estás?

—Regular, hijo... Ya sabes que esto que yo tengo lo arrastraré de por vida. Pero se me alegra el



alma nada más verte entrar por las puertas... Y eso que no me has dado ni beso, ni nada...

—Bueno... ¡Ya soy mayorcito para esas cosas! Además, ¿no ves la cara con que nos mira la gente?

—Mayorcito, dice... Como ahora vives con esos amigos que encontraste en Internet, tienes tu coche nuevo, flamante, tu carné recién sacado... Ya no te acuerdas de tu madre, ni de la gente que te quiere.

—No empecemos, mamá... Que tengo veintiún años... Ya no soy ningún niño. Puedo hacer lo que me dé la gana e irme dónde y cómo quiera.

—Hijo, lo digo por tu bien... Cuando sales por ahí de fiesta deberías coger el autobús. ¡Ay!... Si me hicieras más caso...

Marisa no pudo completar la frase... Impotente, empezó a llorar. Y así continuó sin volver a mediar palabra con Dani hasta que llegaron a Plaza de Armas.

Los pasajeros contemplaban extrañados la escena, mirando con recelo a Marisa, mientras bajaba del autobús.



Dani la acompañaba hasta la parada del C3.

—Mamá, tengo que dejarte. Hoy es el cumple de Pablo y he quedado con mis amigos...

—¿No te da nada volver a dejarme sola? No te vayas... —imploraba Marisa, sollozando, aún.

—Un besito, mamá... No olvides transbordarte al 13, que te deja a las puertas del Macarena —contestaba Dani, mientras inexorablemente desaparecía, difuminándose entre la muchedumbre que cruzaba el paso de cebra.

Marisa miraba a su hijo alejarse... Sus ojos, secos hace años, no podían expresar con lágrimas la tristeza que ahogaba su corazón.

Abatida, subió al interurbano.

Sentada en el frío pasillo del hospital, casi en trance, esperaba que llegase su turno.

Una voz metálica anunció por megafonía el nombre de Marisa.

La doctora León seguía su caso desde siempre.

—A ver... Hoy la veo especialmente triste... Marisa,



escúcheme... ¡Tiene que seguir adelante!... Han pasado cinco años... Debe empezar a olvidar...

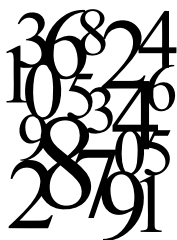
Quebrando el silencio de la habitación, un desconsolado llanto brotó de la garganta de Marisa, que entrecortadamente clamó:

—¡Todavía lo veo como si siguiese vivo!... Me tortura el pensar qué habría sucedido si aquel sábado hubiese dejado el coche en casa.









## ENUMERANDO LA VIDA

Miguel Ruiz Poo

Venezuela



Primer premio | Año 2007



Según el telediario el verano era un arma letal. Ella cogió su plato, la ensaladera, su vaso, y se dispuso a hacer el camino doscientos diecisiete mil treinta y cuatro al fregadero.

Contó las siete cucarachas que merodeaban por la cocina. Tres grandes, dos medianas, dos pequeñas. Se dio cuenta de que el tiempo de las cucarachas era el verano —florecen al mismo tiempo que mis bulbos— pensaba.

Contar no era lo mismo desde que estaba sola en casa, siempre un plato, un cuchillo, un tenedor, un vaso. Sin embargo este pasatiempo admitía muchas variables.

Esperaba amodorrada en el sofá su encuentro con el fresco de la tarde, mientras veía los culebrones de la parrilla televisiva.

La trama poco le interesaba, sólo se dedicaba a contar cuántas prendas se repetían, o cuántas veces se utilizaba la misma palabra durante la emisión. La palabra de hoy era soledad.

Llegó la hora, y aunque el fresco no vino, se dispuso a salir a la calle. Chari no se conformaba con sacar una silla al corralillo y ver pasar a la gente. Chari había descubierto que si estaba en



movimiento, ese juego de contar admitía casi infinitas variables.

Sacó su tarjeta mágica, esa que le permitía montar en infinitos autobuses, un número de veces infinito, y se dispuso a realizar su paseo diario.

Antiguamente Chari usaba siempre el 10, aprovechaba las tardes de verano para ir al cementerio a visitar a Ángel. Durante el viaje, con una calidad casi fotográfica, recordaba los veranos que había pasado en familia. Tenía un listín cronológico con los viajes a América, Egipto, Ponferrada, Cádiz y muchos más destinos.

Hace algunos años la calidad de esas fotos empezó a flaquear, los recuerdos velados no son recuerdos, y simplemente quedaron en el listín, como negativos inservibles de otro tiempo. Entonces cambió su ruta.

Una de las cosas en las que Chari era inflexible era el hecho de hacer siempre la misma ruta. Invariablemente siempre cogía el número 32.

A un conductor un día le dijo que en el año 32 fue cuando vio por primera vez a Angelito, su difunto marido, y que por eso viajaba siempre con ese número.



—¡Hola, Juanja! ¿Cómo están los niños?

—¡Bien, Chari, bien! Hoy vienes con retraso, Raimundo y Carmen preguntaron por ti.

—Sí, me quedé hasta el final de la novela, mañana los veré. Qué rico se está aquí adentro, a ver cuánto te dura el aire.

Le gustaba sentarse del lado derecho del autobús para poder contar mejor todo aquello que se moviese por la acera más cercana. Después de 80 años, entre otras cosas, la vista empezaba a flaquear.

Hoy iba a contar las personas que caminaban solas por la calle. Era mal tiempo para su cacería, a las ocho de la tarde y en pleno verano la ciudad esta aún desierta. Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Era un juego de niños, ella lo sabía.

—Otra vuelta, ¿no, Chari?







## **REENCUENTRO**

**María Dolores Gracia Barrero**

Sevilla



**Segundo premio | Año 2007**



En primavera Pilar comenzó a preguntarse desde cuándo. Se devanó los sesos intentando ubicarla, el C1, el M132B, el M270..., repasó los autobuses que tomaba para ir al trabajo, de compras, a casa de su cuñada. Al final comprendió con estupor que la encontraba siempre. “Siempre sola, a la hora que sea... Bueno, como yo, excepto los jueves, cuando después del trabajo Alberto me espera en la última parada del M132B, cerca de la Universidad, y tras el cine o dar un paseo volvemos juntos a casa en el M270. Pero entonces no la veo... Siempre sentada cerca de mí, nunca a mi lado. Siempre viste el mismo elegante traje verde pálido, siempre impecablemente peinada y maquillada, tan bella y tan etérea, ¿dónde sube o baja?”

Una noche de otoño regresaba a Valencina en el autobús de las 23:00. El vehículo se encontraba inusualmente tranquilo, una pareja intercambiaba miradas tras el asiento del conductor mientras un joven absorto en su MP3 se sentaba dos filas delante de ella. Acababan de salir de Plaza de Armas, miró hacia la Cartuja iluminada bajo un cielo al que parecían habersele caído las estrellas. Suspiró y volvió la vista al interior del autobús. La encontró sentada entre ella y el chico del MP3. El autobús no se había detenido. El chico se apeó en la siguiente parada, en Camas. “Ahora



o nunca” —se dijo. Aprovechando que continuaban parados se levantó y se sentó frente a ella.

—Por favor, ¿sabe si este autobús llega hasta Fray Ambrosio?

Tras cinco segundos de silencio una voz delicada salió de la mujer, aunque Pilar no la vio articular palabra.

—¿Por qué preguntas lo que ya sabes?... Esperaba más de ti —concluyó con tristeza.

—Está bien —respondió Pilar avergonzada—, creo que no estoy loca pero, ¿eres un...? No sé cómo definirte...

—No lo hagas.

—De acuerdo, sé que no estás viva, no siento miedo, y me resultas extrañamente familiar. ¿Tienes una historia que contarme? ¿Algo que advertirme? ¿Hay más como tú? ¿Puede verte alguien más? ¿Hay algo que deba hacer?

—¿Por qué tantas preguntas a la vez? Llevo toda la vida a tu lado y hace meses que me ves.

—Si empieza a subir gente al autobús y me ven

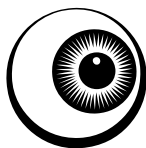


hablando sola...

—Siempre tan prudente, hija mía... —su voz denotó un amago de sonrisa que su rostro no registró—. Él regresaba de Córdoba, le habían encargado su primer proyecto serio. Debíamos esperarlo en Plaza de Armas, la hermosa estación de Córdoba, había mucho que celebrar. Un conductor borracho se cruzó en nuestro camino, te protegí con mi cuerpo y resultaste ilesa. El dolor cerró su alma, no soportaba ver fotos mías, quiso borrar me de su vida y de la tuya. No superó su duelo y sin saberlo me impidió marchar. Me quedé aquí velando tus pasos como aquel fatídico día. Tu corazón de niña me ha encontrado. Si puedes mirar en el suyo, dile que lo amo y que seguiré esperándole con mi traje nuevo hasta que nos reunamos.







## **OLVIDO**

**Rosa María García Barja**

Sevilla



**Tercer premio | Año 2007**



No es sitio éste para olvidar algo así —me dije mientras observaba incrédula el asiento. Miré a un lado y a otro pensando que sería la obra de un bromista y yo, la víctima de una de esas cámaras ocultas que ahora están tan de moda para reírse de la gente.

Hacia la mitad del trayecto y alterada ya por tan inusual acompañante de viaje, me acerqué al conductor para comentarle lo que quizás fuese un olvido de otro pasajero.

Me miré al espejo retrovisor, sí, me miré por comprobar que yo no era un bicho raro tal y como me hizo sentir el chico que conducía.

Me sonrió y nunca me pareció más intimidante una sonrisa. No le dio la más mínima importancia a lo que acababa de comentarle y se limitó a preguntarme:

—¿Hacia dónde se dirige, señora? —Así, dando por terminado el capítulo como si nada.

—Voy a la última parada —le comenté mientras el rubor delataba mi furia y mi impotencia.

Me senté en otro asiento y miraba de reojo por si seguía allí.



¿Es que acaso nadie lo ve? Me asustaba tanta normalidad.

En los asientos traseros se había sentado un grupo de gente joven, ¿no es extraño que les hubiese pasado desapercibida tal cosa?

Empecé a preocuparme, a menguarme en el asiento, a esconderme tras mis gafas oscuras y a contar de dos en dos las calles que aún me separaban hasta llegar a mi casa.

Cuando acabe el viaje, se acabó el problema. ¡Qué idiotéz de preocupación, ya vendría a recogerlo quien lo hubiera olvidado!

El asiento de al lado volvió a ser ocupado en la siguiente parada. Ahora, ya no era responsabilidad mía. Sin duda, el viajero contiguo lo vería y sabría qué hacer. Pero nada.... Ni siquiera lo miró. ¡Por Dios!

Cambió el color del semáforo y el conductor frenó bruscamente. Los pasajeros aturridos por el vaivén nos acomodábamos de nuevo. Seguía allí. Sin inmutarse. Es decir, se había resbalado hasta el filo dejando aún más desierta la posibilidad de que alguien lo cogiese.



Ni la distancia entre los asientos, ni las gafas oscuras, ni el bullicio de los ocupantes del fondo me distraían de tamaña insensatez. Decidido, me lo llevo a casa y mañana acudiré a la oficina de objetos perdidos.

Lo depositarán en una estantería etiquetado, o quizás lo encierren en una caja metálica, o con suerte, lo pondrán en la vitrina y enseguida, verás como enseguida viene el dueño... Pero, ¿y si no tiene dueño?

Otra vez la angustia. Intermitente.

Me he dado cuenta de que el conductor mastica chicle y menea la cabeza al ritmo de una música machacona. Me lo estoy imaginando cuando termine el turno y se quite la corbata y el uniforme... será un niñoato.

¡Me miró como si estuviera loca, el niñoato!

Y todo porque quise ser una usuaria solidaria con los olvidos ajenos.

Ya, ya sé que no es sitio éste para olvidar... un inquietante ojo de cristal azulado.







## **EL ANGELITO**

**Juan Manuel Montiel Rodríguez**

**Gines (Sevilla)**



**Tercer premio | Año 2006**



Aquella mañana no sonó el despertador. Cuando unos juguetones rayos de sol se filtraron por mi ventana me incorporé sobresaltado buscando el reloj. Unos números rojos parpadeaban en la pantalla marcando un rítmico 00:00 que parecía reírse de mi situación. Jamás os compréis un reloj-despertador digital que no funcione a pilas, la mínima bajada de tensión eléctrica borra la memoria. Me vestí tan deprisa que durante unos minutos temí haberme colocado el pantalón del revés, menos mal que una rutina eternamente repetida nos permite realizar actos sin pensar en ellos.

Cuando bajé corriendo los destartalados escalones de mi bloque de pisos eludí a don Esteban con un sincero: “Buenos días, lo siento, llego tarde al trabajo”. Don Esteban era un pensionista soltero que vivía en el segundo. Su principal afición era leer el periódico públicamente para compartir las noticias con todos los habitantes de nuestro pequeño edificio. Comentaba y criticaba toda declaración política y solía rematar el discurso con su eterna coletilla: “Que me dejen a mis tres días el gobierno, que arreglo este país”.

Crucé la calle, giré a la derecha, seguí recto y me detuve en la parada del autobús. Normalmente cojo el autobús de las ocho en ese lugar. Aquel día, por supuesto, iba tarde porque eran casi las



nueve y veinte. No pasaron más de cinco minutos cuando la imponente silueta del autobús apareció al fondo de la avenida. La puerta se abrió y engulló a todos los viajeros como un hambriento dragón de chapa y cristal. Sentado en los asientos del final me sentí raro: no estaban los rostros de siempre. A fuerza de verse cada día compartiendo el mismo medio de transporte se crea un vínculo entre las personas, aunque no las conozcas lo más mínimo ni sepas sus nombres te llegan a ser familiares. Mi sangre sevillana me empuja con frecuencia a ponerles moteles a algunos de estos familiares desconocidos: así nacieron “el garbanzo”, “el maqueao”, “doña peluca” o “el angelito”. “El angelito” era una chica morena de ojos enormes que me había enamorado a primera vista. Por supuesto, nunca había hablado con ella y mi timidez me impedía siquiera intentarlo, pero siendo un romántico empedernido me encantaba contemplarla: ni que decir tiene que parecía un ángel. En cualquier caso a esa hora ella no estaba en el autobús, seguro que se había despertado puntualmente y no había faltado a su cita diaria de las ocho. Mi mente comenzó a divagar pensando que un día reuniría todo mi valor y me sentaría junto ella a charlar. Mientras yo estaba sumido en estos pensamientos, el autobús se detuvo en su última parada.



Cuando bajaba, el chofer me llamó: “Perdona, esta mañana una chica preciosa de ojos enormes dejó esto para ti” —dijo tendiéndome una carta. Tras darle las gracias y alejarme unos pasos, la abrí nervioso. Era una sencilla nota escrita con trazo nervioso en el traqueteo del autobús. Decía: “Hoy te he echado de menos, por favor mañana no faltes a las ocho”.





JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE FOMENTO Y VIVIENDA









JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE FOMENTO Y VIVIENDA



Edición no venal con motivo de la  
**Semana Europea de la Movilidad 2012**